

## “Aquellos tenaces misioneros proscritos” Los jesuitas en la Centroamérica moderna (1842-1896)

Jesús M. Sariego\*

...“Los jesuitas son perjudiciales para la paz, no porque ellos traten de conmoverla, sino porque los círculos políticos, cada cual a su turno, los invocan como bandera para realizar sus aspiraciones” (Anselmo Rivas, ministro de Relaciones de Nicaragua, 23 de agosto de 1873<sup>1</sup>.)

**Palabras clave:**  
jesuitas, misiones en Centroamérica,  
conflictos políticos, expulsiones.

### Resumen

Después de la etapa colonial, el siguiente período de presencia jesuita en Centroamérica tiene lugar en la segunda mitad del siglo XIX. Si la primera época estuvo atravesada de creatividad apostólica y éxitos educativos, el celo misionero y el conflicto caracterizaron esta segunda, los mismos que vivía la Iglesia en toda América Latina retada por la independencia y el Estado liberal moderno. Estas páginas, en continuidad con las ya escritas sobre la época colonial<sup>2</sup>, quieren ser un bosquejo de aquellos años difíciles, hasta heroicos, para los jesuitas y de sus trabajos en tierras centroamericanas.

Tras un breve recuento sobre el final de la antigua Compañía centroamericana, abordaremos el período que se inicia en 1842 con la llegada a Guatemala de los jesuitas belgas como capellanes de los colonos establecidos en Santo Tomás de Castilla y que concluye en 1896 cuando los superiores, presionados por el obispo Alejandro Peralta, optan por cerrar la pequeña comunidad del templo de San Francisco de Panamá y trasladar a sus miembros a Cartagena. Panamá era para entonces el único reducto jesuita en Centroamérica tras las expulsiones impuestas por los liberales en Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica.

Con el cierre de Panamá, finaliza esta segunda etapa de la historia de los jesuitas

\* Provincial de la Compañía de Jesús para Centroamérica.

1. Vid. Pérez, Rafael, *La Compañía de Jesús en Colombia y Centroamérica después de su Restauración*, tomo III, Valladolid: Imprenta Castellana, 1871, pág. 356.
2. Vid. “Evangelizar y educar. Los jesuitas de la Centroamérica colonial”, *Diakonía*, 111, julio-septiembre, 2004, págs 49-69.

en América Central. Se dispersaron entonces por Colombia, Ecuador, Cuba, fuera de algunos que regresaron a España. La mayoría pasó a pertenecer jurídicamente a la misión de Colombia, que por decisión del P. Ledochowski se constituiría, el 8 de diciembre de 1924, en Provincia independiente. La siguiente etapa se iniciará, ya en el siglo XX, primero en Panamá (1902) y posteriormente en El Salvador (1915) y Nicaragua (1916) cuando los jesuitas regresen para extender su trabajo apostólico a todos los países del área hasta el presente.

### 1. El final de la antigua Compañía centroamericana

La Compañía de Jesús fue desterrada de todos los dominios españoles por el decreto de 1767 y después extinguida por el Papa Clemente XIV por el Breve *Dominus ac Redemptor* (21 de julio de 1773), aunque siempre se mantuvo viva en la Rusia blanca, donde fue oficialmente restablecida por Pío VII el 7 de marzo de 1801, y el 30 de julio de 1804 en el reino de Nápoles.

Como prescribía la Pragmática Sanción de Carlos III, en 1767 los jesuitas abandonaron el territorio centroamericano. Los catorce miembros que conformaban las dos comunidades de Guatemala fueron conducidos hacia el golfo Dulce y embarcados en la fragata *Thetis* hasta La Habana y de allí al Puerto de Santa María (Cádiz). Los nueve del colegio de Panamá salieron el 28 de agosto por el camino de Cruces y Chagres hacia Portobelo, donde se embarcaron hacia Cartagena y el Puerto de Santa María. Unos y otros, con las demás expediciones americanas, entre las que se encontraban más de una veintena de jesuitas nacidos en Centroamérica, viajaron del puerto gaditano rumbo a Italia, pero hubieron de pasar unos meses en la isla de Córcega antes de ser admitidos por el Papa en los Estados pontificios. Los de Guatemala, pertenecientes a la Provincia de México, se agruparon en Bolonia y Ferrara; los de Panamá, con sus compañeros de la Provincia de Quito, vivieron

en Faenza y Ravenna. Allí recibieron la triste noticia de la supresión de la Compañía en julio de 1773; solo los presbíteros mantuvieron su estatus sacerdotal; el resto se dispersó.

Unos habían muerto en el viaje, como el hondureño José Calderón, ya inválido en el puerto de Veracruz; el H. Martín Barroso, que ya enfermo no pudo salir de Guatemala; o el P. Llanes, guatemalteco fallecido en Puebla de camino a Veracruz. El mismo P. José Antonio Zepeda, rector del Colegio de Guatemala, terminó sus días en la Habana. Durante el camino del destierro, decidieron dejar la Compañía los guatemaltecos José Antonio Aguirre y Eugenio de la Fuente, así como Manuel González Cantabrana, que trabajaba en Guatemala en el momento de la expulsión.

De quienes llegaron a Italia, antes de 1800 ya habían fallecido los salvadoreños José Quintanilla (Trecenta) y Bartolomé Cañas (Bolonia). En Bolonia murieron José Vallejo, profesor de Teología en Guatemala; Manuel García de Alva, visitador del colegio; los guatemaltecos Juan José y Manuel Muñoz; el salvadoreño José Pereira, y el famoso Rafael Landívar. El H. José Castañeda, guatemalteco y novicio en Tepotzoltán en el destierro, tras enfermarse en el viaje, perdió la razón y murió recluido en el hospital de dementes de Bolonia, en 1783. En Ferrara, murieron los guatemaltecos Eugenio Ramírez, Felipe Lugo y el nicaragüense Faustino Vega. Para esa fecha, habían fallecido también los guatemaltecos Cayetano Cortés (Imola), Agustín Muñoz (Venecia) y Miguel Gutiérrez (Roma), el hondureño Lino Fábrega (Vitorchiano), así como el español Antonio Pons, exprofesor de Guatemala.

Después de 1800, conocieron la muerte los guatemaltecos Marcos Escobar (Bolonia) y José Toledo (Cremona), el nicaragüense Jorge Vidaurre (Roma), el salvadoreño Manuel Villalta (Roma) y el panameño Francisco Vivar (Bolonia), donde también falleció el antiguo profesor de Guatemala, Luis Santoyo. Juan Sacrameña, exprofesor de Guatemala, pudo huir a España tras la supresión de

la Compañía y murió en Medina Sidonia en 1814.

Por lo que toca a los jesuitas que trabajaban o habían nacido en Panamá, unos murieron antes de llegar a Italia, como el H. Baliñas, enterrado en el Puerto de Santa María, y el P. Juan Antonio Giraldo, muerto en Cartagena de Indias. En Italia, Felipe Arosemena, Nicolás López, Francisco Pallarés y José Archs murieron en Ravenna, mientras que Juan Nadal falleció en Rimini. Su paisano y antiguo compañero en la residencia de Panamá, Ignacio Peramás, logró viajar a su país y murió en Mataró (Barcelona). Apresado en su viaje como procurador, el antiguo rector de Panamá, Bernardo Recio, murió en Roma, así como el panameño Francisco Torres.

Los no españoles (Antonio Brzoscha e Ignacio Leitenberger) regresaron a sus países de origen, donde murieron antes de terminar el siglo. Quienes eran estudiantes o novicios (los panameños Rafael Bracho y Tomás Rumbéa) fueron presionados en el momento del destierro hasta conseguir que abandonaran la Compañía.

En realidad un solo jesuita nacido en Centroamérica e ingresado antes de la expulsión logró regresar a América. Era el Padre Atanasio Portillo, nacido en Guatemala en 1739 y que había entrado a la Compañía en 1754. Explicaba Filosofía en el colegio Máximo de México cuando salió exilado en la fragata La Flecha. Aprovechando una Real Orden de marzo de 1789 que permitía el regreso, consiguió embarcarse desde Cádiz junto con otros siete exjesuitas mexicanos rumbo a Veracruz. Pero el P. Portillo no logró su sueño, pues, enfermo por la navegación, murió el 5 de junio de 1799 en la Habana cuando se dirigía a México<sup>3</sup>.

Ningún jesuita centroamericano logró regresar a su tierra natal; los edificios de la

Compañía en Panamá yacían quemados por un incendio, y los de Guatemala, destruidos por un terremoto. Sin embargo, el recuerdo de los jesuitas no había desaparecido en Centroamérica. Pío VII restauró la Compañía el 7 de agosto de 1814; y Fernando VII, el 15 de mayo de 1815, derogó la Pragmática Sanción, lo que permitía el restablecimiento de la Compañía en España. Un año después la medida se extendía a los territorios americanos. Ya en las Cortes de 1810, los diputados de Guatemala, Andrés y Manuel de Llano, unidos a otros representantes americanos, solicitaron el restablecimiento de la Compañía. El arzobispo de Guatemala hizo una nueva petición en 1817 a la que se sumó, en 1820, Nicaragua. En Guatemala, incluso se creó una Junta de restablecimiento que se reunía en la casa del famoso historiador Domingo Juarros y que propuso al Rey que se entregara a los jesuitas el convento de San Agustín, donde apenas existían religiosos.

## 2. La Compañía moderna en Centroamérica

Como ya se dijo, la Compañía vivió en Centroamérica entre 1842 y 1896. A lo largo de esos 54 años, algo más de 130 jesuitas trabajaron en las repúblicas centroamericanas ya independientes, así como en Panamá, aún territorio colombiano hasta noviembre de 1903. El núcleo original lo constituía el grupo de misioneros enviados desde España a la naciente misión de Nueva Granada en 1850. A ellos se unirían nuevas oleadas de destinados, primero, por la única Provincia jesuítica española y, desde 1863, por la Provincia de Castilla, a quien se encomendó esta región latinoamericana como misión. La mayoría eran españoles, aunque hubo algunos italianos y belgas. A este contingente básico, se agregaron progresivamente las jóvenes vocaciones que se les fueron uniendo en Colombia, Ecuador y Centroamérica. Siete de ellos llegarían a ser nombrados obispos.

3. Zambrano, Francisco; Gutiérrez Casillas, José, *Diccionario biobibliográfico de la Compañía de Jesús en México*, tomos XV y XVI, siglo XVIII, México: 1966-1977.

El grupo de los centroamericanos, más joven que la media, llegó a constituir casi un tercio del grupo con representación de todos los países. Oportuno será recordar los más renombrados, como, entre los guatemaltecos, los sacerdotes Luis Javier España, José Valenzuela, los cuatro Hermanos Cáceres, Luis Javier Muñoz (arzobispo de Guatemala desde 1921), así como los Hermanos Felipe Cabrera y Luis Mejicanos. Nicaragüenses fueron los Padres Juan Lezcano, Macario Mairena, Juan Pereira, Benjamín Ruiz y Rafael Tenorio y los Hermanos Abraham Bermúdez, Pascual Altamirano, Domingo González y David Vega. El más famoso de los hondureños fue el P. Luis Gamero, músico, maestro y formador de generaciones de jóvenes jesuitas. Recordemos también al joven panameño H. José Blanco y a los costarricenses Francisco Roldán y José Manuel Quirós. Probablemente, el más citado de todos ellos sea el P. Rafael Pérez, nacido en Guatemala y que ya en sus años de exilio español rememoró en tres gruesos volúmenes la historia de la misión<sup>4</sup>, de cuyos acontecimientos había sido cualificado testigo.

Este grupo perteneció a diversas circunscripciones jesuitas que oscilaron al compás de los avatares de viajes y expulsiones. Al llegar a Guatemala, en enero de 1852, el superior último era el P. Manuel Gil, nombrado visitador de la misión. En noviembre de 1853, fue sustituido por el P. Pablo de Blas, ya superior de los jesuitas en el Ecuador. En 1858, se reabre la misión en Nueva Granada y, en 1860, la de Ecuador; por eso, desde febrero 1861, se dividieron las dos misiones: el P. Hernáez quedó nombrado superior de la misión de Guatemala, mientras que el P. Blas lo era de la de Nueva Granada. Efímera decisión, pues, en julio de 1861, el presidente Tomás Mosquera decretaba la expulsión de los jesuitas de Nueva Granada, a la que regresarían solo hasta 1885. En julio de 1862, quedó nombrado vicesuperior de la misión el P. Francisco San Román hasta septiembre de 1874, que pasó

a residir a Ecuador como superior de las misiones de Ecuador, Perú y Centroamérica, dejando como vicesuperior en Nicaragua al P. Esteban Parrondo, que sería sustituido, en 1875, por el P. Assensi y, a la muerte de este, en abril de 1878, por el P. José. Hernández. En junio de 1880, el P. Beckx dividió España en tres provincias jesuíticas: Toledo, Andalucía y Castilla, quedando las misiones de Antillas, Centroamérica y Colombia adscritas a la de Castilla, mientras que las de Perú y Bolivia pasaron a depender de Toledo. El P. Mario Valenzuela, nombrado en 1884, fue el último superior de la misión centroamericana.

Cronológicamente, fue en Guatemala donde los jesuitas más tiempo vivieron, de 1852 a 1871; llegaron a ser 102 en 1862. Organizaron tres comunidades en la ciudad: el colegio seminario (hoy Instituto Nacional de Varones), la residencia de Belén, y la iglesia de la Merced. Se añadió más tarde la residencia de Quetzaltenango. Pese a lo efímero de la misión belga (1844-1846), puso las bases de la posterior residencia de Livingston y la misión entre los Caribes, después misión de Belice. Un pequeño grupo vivió en San Salvador entre 1869 y 1872. En Nicaragua, permanecieron entre 1871 y 1881 hasta ser 85 jesuitas ubicados en las residencias en León, Granada, Masaya, Rivas, Matagalpa y Ocotol. En Costa Rica, se instalaron en Cartago de 1877 a 1884. Aunque siempre fueron un pequeño grupo, los jesuitas permanecieron en Panamá desde 1873 hasta 1896. Únicamente habitaron en Honduras durante un breve tiempo residiendo en Omoa en 1851.

### 3. El complejo ambiente político-ideológico

Para poder entender los difíciles acontecimientos que acompañaron la vida de los jesuitas en Centroamérica durante la segunda mitad del siglo XIX, preciso será describir, aunque sea someramente, el complejo

4. Pérez, Rafael, *La Compañía de Jesús en Colombia y Centroamérica después de su Restauración*. 3 vols. Valladolid: Imprenta Castellana, 1896, 1897 y 1898.

ambiente político que predominaba en la región.

En general, en América Central, a diferencia de lo que había ocurrido en otras regiones de América Latina, el final de la etapa colonial no estuvo acompañado por la violencia. Fue, más bien, un proceso efecto dominó de los acontecimientos que se vivieron en los grandes países vecinos, especialmente en México y Colombia. Al comienzo, incluso las elites gobernantes oscilaron entre el apoyo a un sistema monárquico e imperial, cuya cabeza sería México y que aseguraría la defensa del territorio, y la proclamación de un Estado republicano absolutamente independiente, siguiendo el estilo de las grandes unidades políticas del continente. La mimética política de la época los llevó a optar por el modelo federal que los grandes próceres de la independencia glorificaban desde el Río Grande hasta la Patagonia desde comienzos de la independencia.

La experiencia federal centroamericana resultó un absoluto fracaso. La organización del Estado que sus artífices diseñaron en la Constitución política de 1824 resultaba compleja al multiplicar los órganos del poder legislativo y ejecutivo en cinco naciones cuya vinculación histórica era muy frágil. Guatemala, la capital de la Federación, era además la sede principal del viejo conservadurismo de la burocracia colonial. Lo que es peor, la República Federal no fue capaz de diseñar una base económica para sostener un conjunto geopolítico disperso y poco comunicado ni logró integrar la economía regional al circuito económico internacional.

Uno de los sectores que más resistencia opuso a las reformas federales fue, justamente, la Iglesia, en torno a la que se concentraba el pensamiento más reaccionario a los cambios junto con los intereses económicos más reacios a las reformas. Morazán manejó

el tema religioso sin hacer concesión alguna a la tolerancia. La jerarquía opuesta a las transformaciones fue expulsada del país, los conventos y órdenes religiosas fueron suprimidos, y la enseñanza religiosa fue proscrita<sup>5</sup>. La guerra civil, la anarquía y la lucha entre los diversos sectores económicos en pugna acompañaron la efímera existencia de la Federación desde sus orígenes. No es de extrañar por ello que, en 1826, solo dos años después de proclamada la Federación, las guerras contra Morazán se repitieran y que, en septiembre del 1842, fuera apresado y fusilado en Costa Rica.

Los intereses extranjeros en pugna –americanos e ingleses sobre todo– aprovecharon este vacío de poder para extender sus proyectos coloniales sobre la zona, cuyo principal interés, además de sus recursos naturales, radicaba en su posición estratégica entre dos océanos. Nada tiene de extraño que, al fin, la única empresa que logró convocar a los diversos estados centroamericanos fuera la guerra contra los filibusteros de William Walker en la mitad del siglo, una guerra que hizo revivir en la ciudadanía el temor a otro tiempo colonial, aunque ahora de signo americano y esclavista.

A la Federación, le siguió la república conservadora desde los años cuarenta. En toda Centroamérica, se vivió una crisis política que comenzó con la caída del Gobierno de Gálvez en Guatemala y el triunfo de Rivera Paz, y que después se repetiría con Francisco Malespín en El Salvador, Francisco Ferrera en Honduras, Braulio Carrillo en Costa Rica y, más tarde, Fruto Chamorro en Nicaragua.

Poco a poco, se fueron imponiendo gobernantes que unían el caudillismo de su estilo con el pragmatismo de su gobierno. Habían dejado de soñar en los grandes proyectos liberales y consideraban, en el fondo, que Centroamérica era aún una región agrícola, campesina y pobre que no estaba prepa-

5. Williams, Mary Willhemine, "La política eclesiástica de Francisco Morazán y los demás liberales centroamericanos", en Cáceres, Luis R., *Lecturas de Historia de Centroamérica*, BCIE/EDUCA, San José, Costa Rica: 1989, págs 387-407.